

NUEVAS ESTRATEGIAS PARA EL DESARROLLO DE AMERICA LATINA (*)

Dr. Domingo Felipe Maza Zavala

Atendí esta invitación que de manera tan cordial se me hizo, para participar en este ciclo de conferencias de este Centro, más con el propósito de cooperación que con el de hacer aportaciones a las investigaciones, análisis y estudios que se están desarrollando de manera importante, con gran futuro, en este Centro; porque ha tenido la fortuna de integrar capacidades, voluntades y mística al servicio de un programa de investigaciones que hoy más que nunca es indispensable, tanto para levantar la conciencia académica universitaria —que en estos momentos está sometida a tantos embates y a tan diversos factores— como para contribuir a que se abran caminos al mejor análisis de los graves problemas que agobian a nuestros países —y singularmente a nuestro país— en estos tiempos, hasta el punto que frecuentemente se pierde la perspectiva, se nubla el horizonte y todo se llena de incertidumbre, que hace difícil el pronóstico, y contribuye más a la confusión reinante, en muchos aspectos, sobre nuestro acontecer y sobre la salida que podamos buscar para la crisis fundamental que nos agobia.

Debo decirles que para corresponder a esta invitación he debido preparar una exposición en profundidad, meditada, elaborada, de tal manera que pudiera servir en realidad de papel de trabajo para sus análisis; pero en los avatares de la vida en que me encuentro situado —particularmente en los últimos tiempos—, prácticamente no he tenido oportunidad de preparar un papel de trabajo. Por esta razón comienzo por pedirles excusas a ustedes, y a las autoridades del Centro, por esta omisión de mi parte, que en el futuro me prometo corregir, cuando tenga la oportunidad

(*) Conferencia dictada el 13-11-85 en el Centro Experimental de Estudios Latinoamericanos, durante el seminario América Latina hacia el siglo XXI.

de un momento de meditación y de reposo, para preparar ese documento. Esto es también un signo de crisis, en el sentido de que cuando hay tales momentos, y uno representa de alguna manera un elemento de confianza en la opinión pública —para bien o para mal, justa o injustamente—, la modesta opinión que uno pueda aportar contribuye a aclarar algunos problemas de emergencia, y en consecuencia, cuando se acentúan las dificultades, recurren a uno para ver si uno les da una luz sobre esas situaciones problemáticas en que frecuentemente está sumergido el país. Y eso resta no sólo tiempo físico, sino la debida actitud mental para poderse dedicar en profundidad a estudiar los fenómenos y a producir un documento que en verdad tenga alguna aportación.

En consecuencia, lo que voy a decir tiene la única cualidad de presentar motivos para la discusión. No trato de sentar cátedra en ningún sentido; ni de llegar a conclusiones terminantes, definitivas, sobre ninguno de los aspectos que me propongo plantear, sino, sencillamente, presentar motivos para la discusión y para la reflexión. Este es el sentido de mi intervención de hoy.

MODELOS DE DESARROLLO Y DE PENSAMIENTO ECONOMICO

En primer lugar debo declarar que, aunque no me gusta usar la expresión *modelos* de desarrollo, no encuentro otra que sea del lenguaje conocido que pudiera sustituirla. Por consiguiente, de una u otra manera seguiremos utilizando la palabra *modelos*, en nuestra exposición.

En América Latina, la historia económica nos muestra ciclos, no solamente del pensamiento económico, sino también de la realidad económica. No me refiero a los ciclos coyunturales, a las fluctuaciones periódicas de la actividad económica; me refiero a otra clase de ciclos, más propiamente etapas en el desenvolvimiento de la economía latinoamericana, que marcan hitos en la historia regional, y que, con algunas características, nos permiten determinar secuencias históricas que podríamos asimilar a *modelos* de desarrollo, cada uno de los cuales ha tenido una gestación, un auge y una decadencia, hasta que es sustituido por otro *modelo* o etapa de desenvolvimiento. Tal ha sido la historia de nuestra región.

No voy a decir que estos *modelos* han surgido de propósitos deliberados, o de estructuras de pensamiento, o de políticas que han perseguido esos objetivos, sino que, en gran parte, tales *modelos* se han conformado en el curso de la propia realidad, en el acontecer económico, social y político; y que sólo el investigador o analista de este desenvolvimiento histórico puede observar o extraer ciertas características, que permiten identificarlo como un *modelo* o una etapa en ese

desenvolvimiento. Vale decir, pues, que la historia no se forja por virtud de la planificación de los *modelos* que hemos tenido, sino que factores internos y externos han ido determinando, de una u otra manera, esta secuencia histórica.

Otra cuestión que también conviene tener en cuenta, que quizás sea motivo de controversia —porque lo más interesante es la controversia, y a veces yo hago de “abogado del diablo” para suscitar la controversia, es decir, pongo sobre la mesa una proposición que puede concitar inmediatamente una reacción y eso es la motivación de la controversia—, que me propongo plantear como hipótesis, es que el crecimiento económico latinoamericano, casi siempre, ha estado *históricamente desfasado*; quiere decir que cuando América Latina cumple una etapa, está en desfase con respecto al crecimiento económico mundial, está un poco como rezagada con respecto a ese crecimiento económico mundial. Eso es lo que yo llamo *desfases históricos* en el crecimiento económico latinoamericano.

Hemos tenido paradigmas teóricos e históricos a los cuales, de cierta manera, se ha tratado de ajustar las políticas, las conductas, los patrones de comportamiento, y me resisto a utilizar la palabra *estrategia*, sobre todo en lo que se refiere al lejano pasado, precisamente para ser consecuente con mi posición inicial, de que no hubo el propósito deliberado de establecer un modo, un *modelo*, una estructura para ajustar a ella la organización, el funcionamiento y el crecimiento de nuestras economías y nuestras sociedades.

De esos paradigmas teóricos, el primero que tuvimos, apenas nacidos a la vida independiente, en el siglo XIX, fue el *capitalismo liberal* de ese siglo. Salimos a la historia como estados independientes, no solamente vinculados al sistema económico entonces en ascenso, el capitalismo liberal, sino teniendo a ese sistema como digno de ser seguido, realizado, practicado, es decir, como un paradigma. En consecuencia, la acción política, la acción económica y el modo de pensar, y los instrumentos que se manejaron para alcanzar ciertas metas y objetivos de la acción política, económica y social, estaban encuadrados en el paradigma entonces prevaleciente del capitalismo liberal decimonónico. Este paradigma, dicho sea de paso, persistió más allá de su propia vigencia histórica; es decir, cuando surgió el *capitalismo monopolista*, en las últimas décadas del siglo XIX, cuando el capitalismo sufre su primera gran transformación y se convierte en buena medida en capitalismo monopolista, e inicia así un segundo ciclo de sus transformaciones fundamentales, América Latina siguió siendo inducida, obsesionada por el paradigma del capitalismo liberal decimonónico, no obstante —y he aquí una aclaratoria que conviene tener en cuenta—, que comienza a sentir los efectos, las consecuencias de esa transformación capitalista, de liberal en monopolista. Pero el paradigma siguió siendo el capitalismo liberal; cuando en realidad el capitalismo, dialécti-

camente, avanza, en el sentido del monopolio, nuestras sociedades y economías siguieron conformándose paradigmáticamente en el *modelo* del capitalismo liberal, seguimos practicándolo, y nuestros gobiernos lo hicieron o pretendieron hacerlo, y nuestros pensadores —con honrosas excepciones, por supuesto— continuaron, encuadrados en la prevalencia de las ideas liberales, en economía, más que en política. Y las sociedades pretendieron conformarse de acuerdo con este *modelo* liberal.

Pero también debemos decir —con respecto al siglo XIX— que América Latina comienza a tomar cuenta del surgimiento de otra experiencia que va a dar lugar a la emergencia de otro paradigma, como es el ascenso de los Estados Unidos, la época del ascenso de los Estados Unidos, de su transformación de una economía de base agrícola a una economía de base industrial, de su crecimiento capitalista acelerado, después de la Guerra de Secesión, y —lo que es digno de llamar la atención— la aceleración de ese capitalismo en buena parte bajo el signo del monopolio.

Entonces comienza a presentarse a América Latina como otro paradigma el modo de organización, el modo de crecimiento de los Estados Unidos. Desde luego, el paradigma se presenta también como contradicción. Un paradigma, también es una manera de contrastar la propia realidad, el propio suceso y el propio comportamiento de nuestros países. Si Estados Unidos alcanzó metas y objetivos, y tuvo éxito en su proceso de crecimiento, ello se nos presenta como contradicción: ¿por qué Estados Unidos, que es posterior en su colonización, en su desarrollo cultural, a nuestros países, aunque anterior en su proceso de emancipación política a los nuestros, logra —desde el punto de vista de su organización y su operación— éxito frente a nosotros; y el éxito norteamericano se nos presenta como paradigma, contradictorio para nosotros, que con raras excepciones permanecemos en un rezago económico? Insuficientes, subordinados, girando siempre en la órbita de la exportación primaria, de la importación de manufacturas, del financiamiento del capital extranjero para el comercio exterior y para los déficits de los gobiernos; servicios, infraestructura sometidos a las necesidades de ese comercio exterior, regimentado por el capitalismo de los centros y principalmente por el capitalismo inglés.

Frente a nosotros se levanta el ejemplo de los Estados Unidos como contradicción. Podríamos decir —para hablar también de actitudes ideológicas— que Latinoamérica parece sentirse representada, a principios del siglo actual, en el *arielismo*, la doctrina de José Enrique Rodó; es decir, América Latina es la tierra de los artistas, de los filósofos, de los intelectuales, la tierra de la cultura humanística, la tierra de los herederos de la cultura grecorromana; la herencia latina frente a la herencia sajona, que es la del *homo faber*, la del *homo technicus*, la de la sociedad de las máquinas, la de la sociedad afanada en la generación de capital, la sociedad del lucro, la sociedad expansiva en sus fuerzas económicas, pero no empeñada en un proceso cultural. El arielismo pu-

diera ser tomado, entonces, como esa contradicción paradigmática que América Latina genera frente al ascenso de los Estados Unidos.

Quizás ese complejo histórico del éxito logrado por América del Norte frente a la continuación histórica, en otros planos y en otras formas, de la misma situación de dependencia, de atraso, de subdesarrollo, de pobreza, de insuficiencia, y hasta de incapacidad, en América Latina, en el siglo XX no ha hecho más que confirmarse como contradicción paradigmática.

Las explicaciones, no sólo para América Latina, sino para todo lo que se llama el Tercer Mundo, es decir, eso que llamamos *tercermundismo* es un pretexto nuestro, es una invención nuestra, es una excusa nuestra para justificar nuestro “fracaso”. No existe, en verdad, eso que es el Tercer Mundo, sino simplemente el complejo, la frustración, el no querer hacer el esfuerzo, empeñar las voluntades y organizar las fuerzas y los factores necesarios para el ascenso hacia la cumbre. Y refugiarnos en la explicación supuestamente facilista de que el éxito de los grandes, de los prósperos, de los desarrollados —los Estados Unidos a la cabeza— es el causante de nuestra frustración; que el reverso del éxito de aquellos es nuestra propia situación de subdesarrollo, de insuficiencia, de dependencia, de desequilibrio, de acumulación crónica de problemas, de frustraciones, de privaciones.

Entonces, si en la mayor parte del siglo XIX tuvimos como paradigma al capitalismo inglés bajo el signo del liberalismo, en este siglo tenemos como paradigma al capitalismo norteamericano, bajo el signo pragmático de su éxito. Y no podemos decir (he aquí otro elemento de la controversia) que es una expresión clásica o pura del liberalismo, porque, aunque Estados Unidos ha pregonado siempre que el liberalismo ha sido y es el factor y el norte de su acción, que en los hechos históricos se ha demostrado que ha sido pragmática la realización de sus actuaciones; que ha sido proteccionista; que ha sido monopolista; que ha sido intervencionista, y ha pretendido que el resto del mundo sea liberal.

Después surgió para nosotros otro paradigma: el establecimiento del *socialismo marxista* en Rusia. En 1917, con la Revolución de Octubre, se nos presenta a los latinoamericanos un nuevo señuelo para ajustar nuestro pensamiento y nuestras actuaciones: el socialismo soviético. Entonces se plantea como vertientes alternativas para encauzar el desarrollo de nuestros países, por una parte, el capitalismo de los Estados Unidos, por la otra, el socialismo soviético.

El pensamiento económico, social y político, y las políticas y los comportamientos, tratan de orientarse en uno u otro sentido, o tomar elementos de una u otra alternativa para conformar un híbrido histórico.

Pero se nos presenta un gran fracaso de uno de esos paradigmas en la década de los treinta de este siglo; fracaso desde un punto de vista muy relativo, porque lo que significa fracaso, dialécti-

camente pudiera interpretarse como necesidad histórica para la reafirmación y el avance del capitalismo. Me refiero a la gran crisis de 1929 y la depresión profunda que la siguió en los años 30, y que hundió el capitalismo liberal teórica y políticamente, como doctrina del pensamiento y como praxis histórica. El capitalismo se encontró de repente desasistido, y surgió un nuevo paradigma de esa crisis: paradigma político en la estrategia que adoptó el gobierno de los Estados Unidos, presidido por Franklin Delano Roosevelt, de salvar el capitalismo levantando la función del Estado como corrector, como compensador, como garante de la continuidad del sistema, como factor complementario de la economía privada. Y, al parecer, logra éxito en esta estrategia, puesto que el capitalismo norteamericano, y por inducción el europeo, se levanta de su postración crítica y se preserva como sistema cuando estaba amenazado de hundimiento.

Ese paradigma tiene su contrapartida teórica en el pensamiento de Lord Keynes, economista inglés; entonces se trata de corregir el capitalismo, se trata de rectificarlo, de enmendarlo para su supervivencia, y de prepararlo para una nueva etapa de su desarrollo. Podríamos llamarlo, el paradigma del *capitalismo corregido*. Este fue, precisamente, el acicate para América Latina, otro *modelo para armar* en América Latina; porque nosotros, como dije en la introducción, estamos siempre armando y desarmando *modelos*; haciendo y deshaciendo maquetas; tomando elementos paradigmáticos o pragmáticos de otras realidades, de otras instancias teóricas y políticas para armar nuestros *modelos*. Entonces, se nos suministró otro material para armar: el *modelo del capitalismo corregido*, de Keynes y Roosevelt.

No voy a profundizar en ninguno de estos aspectos, porque quiero ser muy esquemático para poder cubrir toda la exposición, y ustedes en sus estudios y en sus análisis podrán profundizar, controvertir, cada uno de estos aspectos. Me limito simplemente a exponerlos en sus términos más generales.

Tomamos, por último, otro *modelo*, que fue, el de la *integración económica europea*. En Europa de posguerra el camino, para ellos, de la recuperación y de la afirmación de su existencia, el camino para apartar los escombros del conflicto y reestructurar la potencialidad económica fue la creación de la Comunidad Económica Europea. Otro *modelo* para armar. Otro paradigma para nosotros, porque la idea de la integración latinoamericana no surgió en América Latina. La idea de la integración latinoamericana tiene como paradigma la Comunidad Económica Europea. No me refiero a la unidad latinoamericana, que es cosa distinta; no me refiero a la ideología de que nuestros países forman un todo, de que tienen unidad, de que tienen características comunes que constituyen una identidad regional, una sociedad de naciones vinculadas entre sí con determinados elementos significativos, que es lo que conforma la idea de la existencia de América Latina.

Pero el plasmar eso en una realidad económica, viable, operativa, con proyección política y social de transformación, lo que es un proceso de integración, no fue un *modelo* latinoamericano, no fue gestado en nuestra región, sino fue, una vez más, un paradigma para nosotros la integración europea; y quisimos adaptar, sin adaptarla en verdad, la idea de la integración.

DEFASES HISTORICAS DEL CRECIMIENTO LATINOAMERICANO

Puntualizado ahora lo que mencioné al principio. Los desfases históricos del crecimiento económico latinoamericano. Lo cual quiere decir que siempre hemos tenido una función, o se nos ha impuesto una función, o hemos desempeñado un papel rezagado con respecto a aquel que han desempeñado y desempeñan los países que llamamos desarrollados. Es decir, ¿puede interpretarse este desfase histórico, este rezago, como necesidad de los que se desarrollan o como realidad de los que permanecen retrasados con respecto a los que se desarrollan?

Así, tuvimos la etapa de *exportación primaria*, como eje, como razón de ser de nuestra vida política, económica y social en un mundo que se industrializaba rápidamente, como era el mundo del siglo XIX. Es decir, mientras Europa Occidental, con Inglaterra a la cabeza, Estados Unidos en América y Japón, se industrializaba en un proceso acelerado, nosotros centrábamos, o nos hacían centrar, nuestra economía, nuestro desarrollo político y social en torno a la exportación primaria; etapa que ya habían cumplido otros, que no por cierto era privativa nuestra: Estados Unidos fue un exportador primario hasta bien entrado el siglo XIX, y en gran medida continúa siéndolo aunque en distintos planos; pero la base fundamental de su crecimiento, en aquella época previa a su acelerada industrialización, fue la exportación primaria, y lo fue también para Alemania, para Italia, para Francia, antes de su proceso de industrialización.

Pero nosotros seguíamos girando en esta órbita, en un mundo que se industrializaba. Estábamos, pues, como metidos en el pasado y desfasados con respecto al elemento dinámico del sistema. Y luego, cuando la industrialización estaba madura en esas regiones del mundo que llamamos desarrollados o industrializadas, cuando ya todas las fases del proceso básico de industrialización estaban cumplidos en ellos, nosotros iniciamos un proceso de industrialización. Lo iniciamos en el nivel y por el camino en el que probablemente otros terminaron; porque aquellos países industrializados, desarrollados, crearon sus propios bienes de capital, sus propias tecnologías, sus propios procedimientos de producción antes del florecimiento de la manufactura; y nosotros comenzamos por el florecimiento de la manufactura, sin disponer de los medios de capital, de la estructura del proceso de producción, de la tecnología adecuada al proceso de industrialización. ¿Ventaja o desventaja? Una cuestión también digna de estudio.

Es decir, ¿es una ventaja industrializarse en un mundo donde hay un acervo tecnológico, donde hay una experiencia industrial, donde hay una acumulación de capital, donde los caminos ya han sido recorridos y existe una experiencia: es eso una ventaja. ¿O ese mismo hecho, tal circunstancia constituye para nosotros una desventaja, y por eso no hemos podido avanzar y profundizar en el proceso de industrialización, porque eso que aparentemente constituye el privilegio de quien llega de último es la muralla que le impide avanzar? Cuestión digna de dilucidar en un análisis de nuestros procesos de crecimiento económico históricamente rezagados.

Así iniciamos, y todavía estamos en ella, la etapa de *sustitución horizontal de importaciones*, pero con el agravante, en lo que se refiere al mundo de la segunda posguerra, de que iniciamos esa etapa de sustitución horizontal de importaciones en una economía internacional expansiva, en una economía de creciente productividad, de creciente acumulación, de dinámica tecnológica acelerada, de crecimiento y diversificación de las corrientes de comercio, una economía en expansión, casi sin precedentes, como fue la economía de la posguerra hasta 1970. Esa fue precisamente la etapa escogida por América Latina para afianzar su proceso de sustitución de importaciones. Otro rezago histórico. Y para complementar esta observación, en la etapa en que la economía internacional —me refiero, por supuesto a la economía internacional capitalista— entra en crisis, en que las fuerzas del crecimiento se deterioran, en que los factores que propiciaron la gran expansión de posguerra *se debilitan y entran en contradicción —que es lo que llamamos la crisis—*, nosotros iniciamos y pretendemos seguir, de manera acelerada, la etapa de las *exportaciones no tradicionales*.

Es decir, en un mundo en crisis, en un mundo en que los mercados parecen reconcentrarse en sí mismos, en que los artificios del monopolio, de la competencia imperfecta, expresada en la gigantesca operación de las transnacionales, toman posesión, nosotros vamos a afinar nuestro crecimiento, nuestra reactivación, nuestro futuro, en las exportaciones llamadas no tradicionales. Una vez más, llegamos tarde, rezagados históricamente.

¿Quién nos impone el rezago y por qué? ¿Nosotros mismos, trasnochados, aletargados, incapaces de interpretar la dinámica de los procesos económico-sociales? ¿O sometidos, subordinados, limitados, restringidos por factores que escapan a nuestro control y alcance? Cosa digna de reflexionar, de investigar, de estudiar y de discutir, ¿verdad?

LA EXTROVERSION DE LA ECONOMIA LATINOAMERICANA

Planteo otra cuestión. Ya que hemos tomado el paradigma de la integración latinoamericana, como una vía para superar nuestros problemas, yo quiero plantear a la discusión que la extro-

versión de nuestras economías y el subdesarrollo desigual de nuestra región constituyen obstáculos a esa integración. Extroversión en el sentido ya conocido. Nuestras economías son extrovertidas. Siempre hacia afuera, nunca hacia sí mismas, no obstante la interpretación de la Cepal y de todo el pensamiento que ha girado en torno a ella, de que la industrialización sustitutiva de importaciones fue un modo de crecer hacia adentro. Yo he pensado siempre —y lo he mantenido— que no era sino una modalidad de seguir creciendo hacia afuera, que nunca hemos dejado de crecer hacia afuera, de ser *economías extrovertidas*, y que, en consecuencia, la extroversión constituye un obstáculo para nuestro crecimiento orgánico, y que ese obstáculo, a su vez, se constituye en un freno para la integración económica regional. ¿Extroversión hacia dónde? Hacia las economías desarrolladas, vinculadas a ellas en un solo sentido, pero desviadas de nosotros mismos. No tenemos caminos de cruces entre nosotros, sino, sencillamente, vías unilaterales, hacia las economías desarrolladas.

En consecuencia, todos los factores del crecimiento que hemos tenido, han sido ordenados, sostenidos y modificados en una sola dirección: *la extroversión*.

No estoy propugnando, por cierto, que nos convirtamos en *economías introvertidas*. Es decir, que nos reconcentremos en nosotros mismos y levantemos murallas en torno a nuestras fronteras económicas para crecer con independencia del resto del mundo. No, no estoy propugnando la autarquía. Estoy propugnando un tipo de crecimiento vinculado con nosotros mismos, en primer lugar; orgánicamente en nuestro interior; armar nuestros propios elementos, y luego, en la escala regional, ampliar esa estructura.

Motivo de controversia, por supuesto; siempre ha habido dos vertientes en este sentido: la que representa la Cepal, que la manera de integrarse nuestras economías en sí mismas es a través de la integración multinacional, que no debemos ni podemos esperar integrarnos en nosotros mismos, en cada uno de nosotros para luego integrarnos multinacionalmente, sino que la integración multinacional regional nos dará la condición, el estímulo y la oportunidad de la integración nacional. Yo pienso que deben ser procesos simultáneos, si acaso con prelación de la integración interna.

El otro obstáculo para la integración es el *subdesarrollo desigual*. Los fenómenos económicos en general muestran la desigualdad. Los procesos son desiguales. *La desigualdad parece una constante de la dinámica histórica*: es desigual el desarrollo del capitalismo, es desigual el desarrollo del socialismo. Y también es desigual el subdesarrollo. No hay un sólo plano para el subdesarrollo, hay una superposición de planos de subdesarrollo. Y esto es un obstáculo para la integración, porque la desigualdad del subdesarrollo se reproduce ampliada en la *desigualdad de la*

integración. Las economías de la concentración, en los polos regionales de desarrollo, constituyen la expresión de esta realidad; otro elemento también para el análisis y la discusión.

LAS VENTAJAS COMPARATIVAS TRANSNACIONALES

Se ha dicho, y es la base de la teoría, que tenemos que escoger nuestras vías de crecimiento de acuerdo con las aptitudes o ventajas comparativas que podamos tener. Es decir, que un error ha sido siempre, y es evidente si así lo interpretamos, el querer extender el abanico de las oportunidades, tanto en el proceso de sustitución de importaciones, como ahora, en el llamado proceso de diversificación no tradicional de las exportaciones. Antes quisimos sustituir todo, sin establecer orden de prioridad o línea de selección; sin asignar recursos a aquellas actividades, ramas o campos en los cuales de una u otra manera podamos tener un indicio de ventaja. Sustituir todo; y ahora también pretendemos exportar todo. Entonces se reivindica, por lo menos desde el punto de vista teórico y político, el principio de las ventajas comparativas. *Aparentemente* pudiera existir autonomía o soberanía para la aplicación del principio. Es decir, cada economía, cada unidad nacional escoge sus oportunidades, desarrolla sus aptitudes, afina sus ventajas. Y, en consecuencia, logra metas de productividad, de especialización y de crecimiento orgánicas, con un rendimiento óptimo posible.

Pero en un mundo donde la *transnacionalización* es el factor dominante, las ventajas comparativas ya no tienen una autonomía nacional, sino que se convierten en elementos de la *antiestrategia de dominación* de las transnacionales. Las ventajas comparativas entran a ser *ventajas comparativas transnacionales*. Son ellas, las que en su estrategia escogen las líneas, los campos, las oportunidades en que deben especializarse y desarrollar sus aptitudes determinados países seleccionados de acuerdo con sus estrategia. En consecuencia, se localiza o se relocaliza la producción, se reorientan las corrientes de inversión y de comercio, se difunde la tecnología, no en concordancia con la autonomía nacional de las ventajas comparativas, sino en concordancia con el dominio transnacional de esas ventajas comparativas. Las ventajas comparativas radican allí donde el costo de la fuerza de trabajo, en términos reales, es el más bajo; allí donde son más fáciles las posibilidades de capturar el mercado; allí donde existen las posibilidades de proyectarse hacia otros mercados de posible captura; allí donde existen los paraísos fiscales y monetarios, y los refugios de capital, allí están las ventajas comparativas transnacionales, trátese de Hong Kong, de Singapur, de Corea, de México, de Brasil o de Venezuela.

Entonces ¿cómo sobreponer a esta antiestrategia nuestra propia estrategia, la del desarrollo de nuestras ventajas comparativas? He aquí, pues, también una visión crítica de nuestra disyuntiva.

LA CRISIS SINGULAR DE AMERICA LATINA

El primer tema, porque lo que les dije fue la introducción, lo que quiero plantear a la discusión, es la *crisis regional latinoamericana como singularización de la crisis global del capitalismo*. Es decir, nosotros estamos sumergidos en una crisis global; pero en esa inserción, en esa sumersión nosotros tenemos nuestra propia crisis; por consiguiente no podemos, lo asomo como una observación importante, pretender que la solución, cualquiera que sea, de la crisis global del capitalismo va a aliviar nuestra propia crisis, o va a convertirse en un factor muy favorable de la solución de nuestra crisis, no obstante el hecho de que la crisis global del capitalismo nos afecta, evidentemente, en múltiples formas. Sin embargo, nuestra crisis latinoamericana tiene relieves característicos y singulares que la hacen identificar como un fenómeno que tiene sus propias circunstancias, su propia proyección; y que tiene, por tanto, su propia posibilidad de superación y no podemos establecer simplemente una relación de causa-afecto: la crisis global del capitalismo, la crisis particular de América Latina. Esa es una tesis que presento a la discusión: ¿qué es lo singular de la crisis latinoamericana, por qué es un fenómeno en sí mismo, que requiere una propia investigación y, por tanto, una propia estrategia para su superación?

LA CRISIS GLOBAL DEL CAPITALISMO

Pero, para poder entenderla, hay que dar unas pinceladas que nos permiten encuadrar este fenómeno crítico de nuestra región en la coyuntura general del capitalismo. Hemos hablado de que el gran proceso de expansión de posguerra en la economía internacional concluyó aproximadamente hacia fines de la década de los sesenta. Así que desde entonces hacia acá, aunque haya habido recuperaciones transitorias, parciales, más o menos acentuadas, en los últimos 15 años, de esas economías industrializadas o desarrolladas, los factores fundamentales de crisis continúan operando. En consecuencia, no se puede asegurar —y los pronósticos han fallado una y otra vez, como sabemos— que la economía internacional capitalista está en proceso franco y definitivo de recuperación. No. Sigue en crisis; hay factores de fondo, más allá de lo simplemente coyuntural, que están operando, que siguen actuando en el fondo de ese proceso. La mejor

prueba de eso es el irreductible desempleo de todas esas economías, sin excepción, aunque la tasa varíe.

Nunca antes el fenómeno del desempleo se ha convertido en una característica estructural de la situación del capitalismo, como en estos tiempos. En consecuencia, *el desempleo se constituye en un elemento estructural de crisis.*

El hecho de que no se haya podido reconstituir un orden del poder en el sistema occidental, es otro signo de crisis. Estados Unidos hace intentos, ¡cómo no!, lo podemos observar, por recapturar la hegemonía del sistema occidental. Todo lo que hace Reagan, los tremendismos, la agresividad, la audacia aparente de la política de Reagan, es precisamente el intento de restablecer la hegemonía de los Estados Unidos en el sistema occidental, y las contradicciones son evidentes entre los elementos del poder occidental. La Comunidad Económica Europea trata de desarrollar su propia estrategia. El Japón trata de desarrollar su propia estrategia, en lo comercial, en lo tecnológico. Lo más reciente que ustedes habrán leído es que se reúnen recursos tecnológicos, científicos, financieros y hasta políticos para emular la conquista del espacio por los Estados Unidos y la Unión Soviética, en la Comunidad Económica Europea. Es decir, la vanguardia tecnológica, lo que pudiera dar la clave del poder, esa tecnología que permite, por una parte, construir y enclavar misiles, y, por la otra, llevar al espacio artefactos cada vez más sofisticados, es ahora motivo de contradicción y de emulación entre los elementos del poder, lo cual quiere decir que la hegemonía se fractura. Y eso es un signo de crisis.

Otro elemento, también evidente, es la *crisis monetaria*. No se ha podido reconstituir un sistema monetario propiamente tal en el mundo occidental después de 1970. Los esfuerzos que se hacen, y el más reciente es la reunión que tuvo lugar en Nueva York del Grupo de los Cinco —ahora son cinco, el poder se concentra más que antes, antes eran 10, después serán tres—, son para tratar de recomponer el orden monetario que les permita a todos alcanzar sus objetivos, si acaso no fueren insuperablemente contradictorios; pues se trata de eso, un *modus vivendi* entre los grandes países, los elementos del poder que le permitan al sistema seguir operando de forma eficiente y asegurar, por consiguiente, la continuidad histórica de esa dominación. El centro detonante es, precisamente, *el valor del dólar*.

Pero más allá del valor del dólar está la intención de sustituir al dólar como moneda clave del sistema, porque el dólar se convierte en un instrumento de poder, y lo ha sido siempre después de la posguerra, no obstante la crisis del dólar. En consecuencia, la lucha es por reducir el ámbito de acción de ese instrumento de poder o reemplazarlo. Y de eso se trata. Es paradójico que el valor del dólar se sostenga en base de la confluencia de corrientes de capital de los otros países

industrializados y también de nuestros propios países. Es paradójico que Estados Unidos se haya convertido en la gran esponja absorbente de los otros capitales del mundo. Esto sostiene el valor del dólar, cuando el dólar ha debido caer por gravedad económica natural, dado el déficit comercial, voluminoso y persistente de la economía norteamericana, y dado el déficit fiscal, irreductible, de acuerdo con cualquier criterio que se aplique, del gobierno norteamericano.

De modo que la gravedad económica natural debería determinar la caída del dólar, sin necesidad de intervención de las autoridades monetarias, como lo ha ordenado el Grupo de los Cinco: hay que reducir el valor del dólar, pero por intervención monetaria, interviniendo en los mercados. Intervención que, como toda intervención, da sus resultados mientras ella exista; pero si los factores que determinan la sobrevaluación del dólar continúan operando, esa intervención tendrá que hacerse crónica o más profunda para alcanzar su meta. Apenas se retiren las autoridades monetarias o disminuya la actividad de la intervención, el valor del dólar repunta. Ustedes deben observar las coyunturas monetarias internacionales.

Otro signo de crisis, por lo que a nosotros nos atañe, es la *crisis energética*, llamada así a falta de otro calificativo. ¿Qué significa la crisis energética desde el punto de vista que nos interesa? Que la base energética del *modelo* de crecimiento de las fuerzas productivas del mundo occidental se ha modificado y todavía está en proceso de modificación. Que ese modelo de crecimiento de las fuerzas productivas, que emergió, se mantuvo y se expandió en el mundo de la posguerra, en base de petróleo, de petróleo barato, se ha modificado y se sigue modificando, y eso determina un reacomodo de las fuerzas productivas, del proceso de crecimiento, de la tecnología, de la acumulación, de la organización de la producción, de las corrientes de inversión. Ese es también un signo de crisis, porque la crisis hay que interpretarla, no como catástrofe, sino como un proceso de reacomodo de una situación a otra, de unas condiciones a otras. La crisis es también transformación; por eso hablo de la *crisis global del capitalismo*, porque no se trata del hundimiento catastrófico del capitalismo, sino de un proceso de reacomodo, de reajuste, de transformación del capitalismo para sobrevivir.

Porque si algún sistema histórico —dejo aparte en toda esta discusión el socialismo— ha mostrado capacidad de supervivencia a base de transformaciones, ha sido el capitalismo. Ha hecho crisis el sistema de Bretton-Woods, hace tiempo que este sistema hizo crisis. El sistema de Bretton-Woods era una trilogía operativa institucional o funcional, como quiera llamársele: Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT), en donde se coordinan los instrumentos, las políticas y los recursos monetarios, financieros y comerciales. Una trípode que permitió, estimuló y auspició el crecimiento del sistema durante 25 años. Como todo *modelo* tiene su propia limitación, su propia restricción

y su caída. Es una característica de los modelos que crean o generan su propia caída. Y este *modelo* de Bretton-Woods, valga la expresión, generó su propia decadencia.

El presidente del Perú, en su discurso en la Asamblea de Seúl, este mismo año —1985— en que se reunieron el Fondo Monetario y el Banco Mundial, le dio el responso al Fondo Monetario y al Banco Mundial. Cadáver insepulto. Pero, paradójicamente, revelan vitalidad o tratan de resucitar con respecto a nosotros. Es decir, tratan de convertirse, si ello fuese posible, en instrumentos para lograr de esta parte del mundo una nueva subordinación. De eso hablaremos, si existiera la oportunidad.

CENTRO—PERIFERIA O ZONAS DE RESERVA DEL CAPITALISMO

Por supuesto, también podríamos señalar, simplemente señalar, el crecimiento desigual del sistema que se ha dado en llamar —yo creo que nadie está satisfecho de esta denominación, y yo entre ellos no lo estoy— el *modelo centro-periferia*. Nunca he estado de acuerdo con esta manera de entender la integración —o la desintegración, si se quiere— del sistema capitalista, como la existencia de un centro y una periferia. Aún en ese sentido podemos decir que no existe una sola periferia, que hay un crecimiento desigual de la periferia, que existen *periferias*, que yo prefiero llamar *zonas de reserva para la expansión del capitalismo*. Y el capitalismo las desarrolla. Ya he señalado algunas, podrían surgir otras. Es decir, hay una selección de periferias, y entonces el centro opera en base de esa nueva organización de sus zonas de reserva. Hasta se ha llegado a decir, como *modelo*, como paradigma, por qué no seguir el ejemplo de los países del Sudeste asiático, que han logrado una rápida industrialización, que se han convertido en competidores en los grandes mercados, que tienen una elevada productividad; y en consecuencia, aplicando los criterios normativos convencionales, son países que están ya próximos a ser calificados como desarrollados. *Una selección de la periferia*. Y este es también, desde el punto de vista que trato de mantener, un signo de crisis.

Por supuesto, existe la *dicotomía estructural de la economía mundial*. Nadie puede dejar de incorporar a su análisis esta dicotomía. ¿Cuánto de lo que acontece en la economía mundial se debe atribuir a la dicotomía estructural, a eso que se ha dado en llamar, o la coexistencia pacífica o la guerra fría o la emulación de sistemas? Eso tiene una impronta muy profunda en todo lo que acontece en una y otra parte del mundo, en el Este y en el Oeste, en el Norte y en el Sur, de lo cual huelga hablar.

Quisiera ahora, señalar lo que significa para América Latina el proceso de crisis, los límites del crecimiento latinoamericano de posguerra, porque también crecimos; incluso, aunque parezca

paradójico, es también otro rezago histórico, pero en sentido supuestamente positivo. Cuando los países industrializados occidentales estaban en recesión, nosotros seguimos creciendo. Los años 1973, 74, 75, fueron años de expansión para nosotros, fueron años de recesión para el mundo industrializado. Cuando el mundo industrializado resurge, con todas las limitaciones y condicionamientos que he señalado para este resurgimiento, América Latina cae. Esto podría abonar la tesis —yo creo que muy superficial— de que tenemos una dinámica que ya se ha independizado de la dinámica de los centros, pero no es cierto. Solamente es cierto que las secuelas de la crisis de los países industrializados se prolongan o proyectan en nuestro propio desarrollo y alcanzan más allá de su propia operación.

LA DECADENCIA DEL CRECIMIENTO LATINOAMERICANO

Entre los elementos que considero más importantes de esta decadencia del crecimiento latinoamericano, están los siguientes:

1) *La crisis de la base primario-exportadora* de estas economías. Es decir, no creo que haya una recuperación, en el sentido sustancial consistente de esta expresión, de las economías primarias latinoamericanas, e incluyo al petróleo; es decir, dicho sea de paso, alentamos teóricamente también pragmáticamente, la esperanza de separar al petróleo del acervo común de las exportaciones primarias. Decíamos: el petróleo es una mercancía especial; el petróleo tiene una elasticidad al ingreso de la demanda positiva; el petróleo tiene elasticidad-precio, baja; el petróleo no puede ser sustituido y por eso tiene una proyección creciente; los países petroleros, por consiguiente, tienen un comportamiento distinto del resto de los países de exportación primaria. Ya sabemos que esas ilusorias observaciones o apreciaciones cayeron, porque el petróleo ha regresado a ese rasero común de las mercancías deprimidas, de las mercancías manipuladas por la estrategia de los centros. Huelga mencionar los elementos, los factores, los medios de esta estrategia, para deprimir y doblegar a los países petroleros; someterlos al rasero común. ¿Dónde están el estaño y el cobre, el café y el cacao y el azúcar?

2) También hay que mencionar el *agotamiento del potencial de sustitución horizontal de importaciones*. Crecimos eufóricamente sustituyendo importaciones de las manufacturas de que hablamos, y eso se ha agotado, prácticamente. Claro, se ha agotado ese *modelo* de sustitución de importaciones; no se ha agotado la potencialidad de la sustitución de importaciones, pero sujeta a un nuevo patrón. Ello debe formar parte de una nueva estrategia, de una alternativa de desarrollo. Lo que se ha agotado es el patrón histórico de sustitución de importaciones, que no sustituye realmente importaciones, sino que nos vincula más a la existencia de capacidad para

importar, como condición básica para que este modelo industrialista pueda funcionar. Y como ese patrón, esa fuente de sostenimiento del *modelo* está en vías de agotamiento, irreparable, también el propio *modelo* está condenado a su agotamiento.

3) Ya hemos señalado, en otro sitio, las modificaciones del *modelo transnacional de acumulación*: tecnología, financiamiento, comercio, inversiones, en tanto y en cuanto nos afectan.

4) Señalaré ahora, entre los *límites del crecimiento latinoamericano de posguerra, los desequilibrios acumulativos de los patrones de crecimiento*. Este patrón de crecimiento que hemos llamado *consumista*, o de estilo consumista, es en realidad un patrón de crecimiento *subconsumista*, es decir, de *creciente subconsumo*. En consecuencia, hay un divorcio creciente entre el potencial de producción y el potencial de absorción. Hay una fractura. El consumismo es la reclusión de la capacidad de demanda en una minoría cada vez más restringida. Y la exclusión, por consiguiente, de una mayoría cada vez más amplia. Este desequilibrio va acumulándose; aquí en este país lo estamos sintiendo en profundidad. Ya el subconsumo no es solamente de bienes manufacturados, o de bienes no esenciales en general; el subconsumo es, cada vez más, de bienes de subsistencia.

De manera que huelga hablar de este fenómeno de desequilibrio acumulativo como un signo de la crisis de crecimiento.

5) *La creciente concentración monopolítica de la inversión, de la producción, del mercado*; huelga hablar de ella.

6) *El desempleo estructural*, es decir, para nosotros siempre existió el desempleo estructural. El fenómeno es nuevo, quizás, para los países industrializados; pero para nosotros es ya un fenómeno conocido. Hemos venido acumulando desempleo estructural.

El desempleo estructural tiene como característica que se convierte en un desempleo crónico, irreductible, reacio a las medidas de alivio de carácter coyuntural, o accidental o esporádico, que se toman para combatir el desempleo. Hemos visto que en dos años de nuevo gobierno, según el propio reconocimiento oficial, en el mejor de los casos, si le damos fe a ese reconocimiento, el mercado de trabajo apenas ha absorbido el incremento de la oferta de fuerza de trabajo en virtud del crecimiento de la población.

Pero lo que existía antes, sigue existiendo. Si no hay reactivación, como se dice, si no es posible en el corto plazo un verdadero proceso de reactivación, los efectos depresivos tendrán que reflejarse en un aumento del desempleo estructural. Por supuesto, tendríamos que incorporar el subempleo, que es otro fenómeno estructural, del cual la hipertrofia del personal superfluo o innecesario de la administración pública es una demostración evidente, lo mismo que la ampliación y la extensión del sector llamado por los sociólogos —y en el lenguaje convencional— informal, el crecimiento de ese sector, y más aún, la institucionalización de ese sector, no sólo en Venezuela,

sino en toda América Latina, porque se trata de institucionalizarlo, de darle carta de incorporación económica, social y política, y hay planes, programas, para incorporar al sector informal, como una pieza importante para la reactivación y el crecimiento de la economía.

7) *La marginalidad socioeconómica creciente en el campo y la ciudad.* Según todas las proyecciones serias, y no es ciencia-ficción, ni profecía de catástrofe, la tendencia de la marginalidad hacia fines de siglo es que el 80 por ciento de la población venezolana será marginal.

8) Lo que pudiéramos llamar la *extroversión-monetario financiera de la economía*. Ahora somos más extrovertidos que antes desde el punto de vista monetario y financiero. No sólo por la deuda que nos ata y nos vincula y nos vulnera y nos crea una nueva dependencia, una nueva subordinación, sino por todos los elementos que conducen a la creciente integración, que nos conducen a los mercados monetarios y financieros de occidente, del sistema de la economía internacional. Ya no se puede aislar la dinámica monetaria de cada país nuestro de la dinámica monetaria del sistema, y la reflejamos con alta sensibilidad. No podemos manejar nuestras tasas de interés; no podemos manejar nuestros sistemas de cambio; los instrumentos de la política monetaria, que institucionalmente constituyen elementos de control o de regulación o de estabilización, aunque formalmente los tenemos en las manos, su manejo operativo se nos escapa. Esta es la extroversión monetario-financiera. Si deprimimos la tasa de interés se nos escapan nuevos ahorros, nuevos capitales se van; de una u otra forma se van. Si manejamos el sistema de cambio, con supuesta autonomía, se acentúan los efectos desequilibradores, tanto en la economía exterior como en la economía interior del país. En consecuencia, esta extroversión significa una creciente pérdida de autonomía o soberanía en este campo.

9) ¿Para qué hablar de eso que podemos denominar *las crecientes fracturas en la estructura de los ingresos*? Esas soluciones de continuidad en la distribución del ingreso; no digamos que es regresiva o progresiva, sino que es discontinua o fracturada; hay vacíos en los estratos; y se han ensanchado esos vacíos.

10) Huelga hablar de la *deuda externa*. Tanto se ha dicho sobre ella, constituye una obsesión de gobiernos, y pueblos, por supuesto. Se cree que la deuda es el principal factor de crisis y que el pago de la deuda es el principal obstáculo a la reactivación, al crecimiento. Que lo que hagamos o dejemos de hacer con respecto al pago de la deuda marcará nuestro destino en los próximos 10 ó 15 años. En consecuencia, una alternativa o una estrategia para el crecimiento, debe pasar por dentro o por fuera de las horcas caudinas de la deuda.

Se quiere emancipar Alan García, en el Perú. Y se quiere emancipar, Brasil. Y otros querrán también hacerlo; es decir; tenemos que elegir entre crecer o pagar la deuda. Y pagar la deuda puede significar morir, o sea, anular cualquier posibilidad de resurgimiento de las fuerzas productivas.

Entonces, huelga hablar de que la deuda, cualquiera que sea la versión que tengamos, es un factor que pesa inmensamente en la escogencia de una alternativa.

Pero, *¿qué es lo viejo y qué es lo nuevo en la deuda?* También lo sabemos. No es que ahora somos países deudores y antes no lo fuimos. No hablo sólo de América Latina, no hablo de Venezuela, particularmente. Siempre fuimos deudores. El mundo se divide entre acreedores y deudores; siempre se ha dividido así en los últimos 200 años. Los deudores nunca han dejado de serlo. Los acreedores nunca han dejado de serlo. La rueda es esa. La deuda genera deuda. Quien cae en el remolino de la deuda es prácticamente imposible que sea rescatado. Es un círculo vicioso. Lo nuevo es la magnitud del endeudamiento. Lo nuevo es la perentoriedad de los lapsos de vencimiento. Lo nuevo es el financiamiento de esa deuda a través de petrodólares y eurodólares. Lo nuevo es que se ha convertido en un problema mundial; que ha adquirido relieve dentro de la estrategia internacional. Lo nuevo es que ha dejado de ser un problema de desequilibrio comercial o financiero para convertirse en un problema de alta política internacional, y la única posibilidad de solución o de tratamiento de la deuda tiene que ser política.

ESTRATEGIAS CONVENCIONALES EN LA REGION

El segundo tema, más rápidamente que el primero porque el tiempo actúa como una restricción insuperable, es que las estrategias convencionales que se han aplicado, o tratado de aplicar, en América Latina han tenido, como dije al comienzo, su período o etapa de auge y su período o etapa de decadencia o fracaso. Estamos siempre en búsqueda de caminos; siempre, diseñando estrategias, siempre buscando la clave para nuestro crecimiento en las mejores condiciones. A veces equivocando el camino; a veces factores que hacen que estemos equivocando el camino. Es más frecuente lo último que lo primero. Hemos ensayado, y ha fracasado, el *modelo reformista-desarrollista* de la Cepal; la propia Cepal, valga el testimonio de su líder, Raúl Prebisch, reconoce el fracaso de su *modelo* reformista desarrollista. El llamado *modelo nacional-revolucionario*, que hace más de 30 años se ensayó, por cierto que bajo la conducción del movimiento de Paz Estenssoro, en Bolivia, la Revolución Boliviana de principios de los cincuenta, nacional-revolucionaria, y el que trató de implantar una vanguardia militar progresista en el Perú; y el que, en su etapa de renovación, trató de implantar el movimiento llamado de la Revolución Mexicana. Transformaciones o renovaciones profundas que se propusieron: reforma agraria, reforma industrial, reforma financiera, reforma en la distribución de los ingresos, reforma en las relaciones sociales, incluso, reforma de la propiedad, reforma del papel del Estado, nuevas relaciones de la sociedad con el Estado; todo eso que puede conformar lo que hemos dado en llamar

el modelo nacionalrevolucionario, haciendo énfasis en la potencialidad nacional para el desarrollo, y tratando de ir por un camino relativamente independiente en relación con los factores internacionales de poder.

Sabemos que ahora, el mismo Paz Estenssoro trata de aplicar el reverso del modelo, el *neoliberalismo* a ultranza, la sevicia, la tortura, el sadismo que se expresan en eso que se llama la *estrategia neoliberal*, en Bolivia como paradigma del regreso a viejas formas.

El Estado militarizado. Otro modelo. Desarrollismo seudonacionalista, podríamos identificarlo. Brasil. Sustituido ahora por un nuevo experimento democrático-pragmático cuyo *modelo* económico no está bien definido. *Fascismo no expansionista*, que llamo, para decir que es fascismo recluido en sus fronteras, porque el fascismo de Hitler y Mussolini era expansivo, geopolítico, proyectado hacia la denominación e incorporación de otros países u otros territorios. Este fascismo de que hablo, para Chile, Uruguay, Paraguay, es un fascismo no expansionista, del cual ya Uruguay, se ha emancipado para entrar en un ensayo democrático. Pero Paraguay y Chile siguen bajo el Estado militarizado fascista no expansionista.

Hemos hablado del *neoliberalismo-fondomonetarista*. Es una contradicción, porque para que el neoliberalismo-fondomonetarista pueda funcionar conforme al *modelo*, en su plenitud, tiene que haber un marco de fuerza, un marco dictatorial, un marco represivo que reprima las manifestaciones, explosiones, descontentos, protestas de la desesperación. Pero en un marco democrático es inconcebible para el funcionamiento del modelo porque esas explosiones y manifestaciones afloran y causan consecuencias, ponen en movimiento fuerzas sociales que obligan a la reforma del *modelo* o a su fracaso. Incluso, en el marco dictatorial, el *modelo* fracasó, como es el caso de Chile. Entonces ¿cómo se pretende que en el caso de Bolivia, supuestamente en el marco de un régimen democrático-representativo vaya a funcionar el *modelo*? O Paz Estenssoro se convierte en un dictador institucional cautivo del poder económico y militar, o tiene que abandonar el programa de neoliberalización que se ha propuesto, con gran júbilo y jolgorio del Fondo Monetario, de los bancos internacionales y del gobierno de los Estados Unidos.

NUEVAS ESTRATEGIAS EN ACCION

Ya que hablamos de estrategias convencionales, vamos a hablar ahora de estrategias que nos aproximan al tema de la alternativa. 1) Lo que yo llamo, a falta de cualquier otra denominación más útil, el *socialismo insular*, en Cuba. Es insular, no porque sea una isla, Cuba, en donde se ha establecido el socialismo; sino porque se ha establecido en América y ha quedado allí recluido. Y

se ha establecido precisamente frente al mayor poder capitalista del sistema, y ha procesado su propia experiencia. El socialismo insular, ha tenido éxito en gran medida; sí, depende de los criterios que apliquemos a ese diagnóstico: ha tenido tremendos resultados que nadie desconoce, ni adversarios ni amigos, en el campo de lo social; es el campo cualitativo más eminente que se pueda mostrar: el campo de la educación, de la salud, el campo de la *conciencia social*, el campo cultural, el campo de las *relaciones humanas*: el desarrollo social. Quizás podría señalarse que aún no ha logrado una transformación real de su base económica, que aún sigue dependiendo de la exportación primaria; que no ha logrado una verdadera organización de las fuerzas productivas para un equilibrio económico significativo y permanente. Pero es un proceso en marcha. Y es un proceso estabilizado, es decir, no es reversible según todas las indicaciones que podemos tener.

Otro ensayo que sí está en riesgo, que no se ha sedimentado ni consolidado, que está sometido a tremendas presiones internas y externas, es el *sandinismo*, en Nicaragua.

En el caso de Cuba, por decirlo así, la base del poder fue destruida; he aquí lo significativo de la Revolución Cubana. Para que un proceso de verdadera transformación tenga lugar, la base del poder tradicional tiene que ser destruida. De allí, el derrocamiento de Allende, en Chile. El socialismo como una superestructura, pero sin cambio en la base del poder. Y la base del poder determinó la liquidación de la superestructura. Pero en Cuba sí se destruyó la base del poder y se construyó un nuevo poder. En Nicaragua, parte de la base del poder fue destruida, pero todavía la otra base del poder está allí. Me refiero a que la base militar del poder fue destruida y reemplazada por un nuevo poder, pero la base económica del poder que no ha sido destruida y que está allí, puede ser la contrapartida, la contra-acción verdadera para que este proceso no pueda tener éxito.

Por eso llamo a ese ensayo la *economía mixta* en su verdadero sentido. ¿Es posible la coexistencia entre un proceso de cambio profundo y un poder económico tradicional? No creo yo en esta viabilidad. O se destruye esa base económica tradicional, o la base económica tradicional termina por destruir el proyecto revolucionario.

Por último —y todo esto es manera provisional de calificar las cosas—, en estas nuevas estrategias en acción, cabe citar lo que denomino *la rebelión ante el fondomonetarismo*, el Perú. Es decir, un gobierno supuestamente surgido de un movimiento ya tradicional, convencional como es el aprismo, pero que se rebela —hasta ahora se ha manifestado así— contra lo que pudiera ser consistente con lo que el aprismo representa y preconiza; si el aprismo lo identificamos como una vertiente de la socialdemocracia. La socialdemocracia en el Perú, en su versión aprista, se rebela contra el fondomonetarismo; pero la socialdemocracia en Venezuela, no es que no se rebele en contra del fondomonetarismo sino que practica en gran medida el programa fondomonetarista

bajo el amparo de una formalidad de que no hemos celebrado convenios ni adquirido compromisos que requieran la intervención del Fondo Monetario Internacional. Pero practicamos una política, llevamos a cabo una acción, que en esencia es fondomonetarista.

En el Perú, por lo menos, hay el intento de una rebelión. Que tenga éxito, que tenga posibilidades, está por verse; dudo mucho, pero queda como gesto, y muy elocuente, para una América en gran parte postrada, como un acicate para encontrar un camino, aunque sea ese, de la rebelión ante las imposiciones convencionales del poder.

HACIA UNA NUEVA ECONOMÍA SOCIAL

Orientaciones para una nueva economía social, que es lo que nos congrega. Podría sentar algunas bases. *Primera.* Se habla de reactivación de la economía; y afirmo —porque lo he sostenido muchas veces— que si se trata de reactivar, es decir, de poner en movimiento lo que ya existe, como existe y como ha venido funcionando hasta ahora, si de eso se trata, la reactivación no podrá ser una salida a la crisis. Fatalmente, necesariamente, una tal reactivación conducirá a una más profunda crisis, a la profundización de la crisis. Nos ilusionamos con que algunas medidas coyunturales o parciales o casuísticas puedan reactivar la economía. Sí, puede ponerse en marcha la construcción o repuntar ciertas ramas industriales o programas de aumento del empleo en obras de infraestructura, de remodelación, conservación, etc. Pero el problema de fondo, que es una nueva economía social, una nueva situación, un nuevo modo de funcionar y de crecer la economía y la sociedad venezolana, no se resuelve de esta manera.

Por eso es que sin desconocer o subestimar la necesidad de poner en marcha fuerzas productivas que están temporalmente detenidas o estancadas, reactivando en sentido dinámico, pero transformando la aplicación, la ordenación, el encauzamiento de esas fuerzas productivas, es como podemos aproximarnos a una salida a la crisis.

Reactivación y transformación en el mismo proceso.

Desde luego esto descansa en una agricultura con una reforma agraria profunda y no simplemente una agricultura a la manera empresarial. Una agricultura para la *seguridad alimentaria*, que es un problema fundamental de la estrategia. Mientras no podamos lograr seguridad alimentaria no podemos hablar de una transformación a fondo de nuestra economía. Una industrialización básica, de desarrollo de nuestros recursos naturales; y aquí hablo también de las ingentes posibilidades de industrialización de los hidrocarburos. Soy un convencido, y siempre lo he sido, de que una nueva etapa en el desarrollo petrolero, que reemplace progresivamente a la etapa primario

exportadora que está en vías de agotamiento, es la integración de una *economía de transformación*, que utilice como materia prima los hidrocarburos y como materia financiera en gran parte los ingresos que derivamos de esta actividad.

Una industrialización vinculada tanto a la agricultura como a nuestros recursos naturales. Una industrialización integrada internamente en función de las fuentes de las cuales nos podamos abastecer. Pero también, una industrialización concentrada en la producción para la satisfacción de las necesidades esenciales o básicas de la población: la alimentación, la vivienda, el vestido, la educación, la salud, la seguridad social. Concentrar las fuerzas productivas y ordenarlas en esa dirección, lo cual supone romper con los patrones de producción, de tecnología de inversión, de consumo, de administración y las relaciones sociales que se han venido aplicando.

Una nueva concepción del desarrollo que descansa en dos criterios fundamentales: la seguridad y el bienestar. La calidad de la vida como paradigma, no la cantidad del consumo. No simplemente el volumen de lo que consumimos, sino la calidad de la vida. La elevación continua de la satisfacción real de nuestras necesidades y el equilibrio entre necesidad y posibilidad. Ese equilibrio supone que todos tengamos acceso a las fuentes del bienestar, pero que también todos podamos contribuir y aportar al sostenimiento y crecimiento de ese bienestar. La *autodependencia*, que es como se denomina en ese sentido, depender de nosotros mismos, porque mientras no modifiquemos los patrones de comportamiento y elevemos nuestros propios patrones de comportamiento, como orientaciones de esta estrategia, estaremos siendo dependientes de la peor forma. La autodependencia y la *equidad del desarrollo*; es decir, no se aspira a la igualdad absoluta de oportunidades, de ingresos, de bienestar, sino la *igualdad condicionada*, la igualdad relativa, la igualdad posible, pero que todos podamos participar del bienestar y de la seguridad.

Esto reclama *un nuevo patrón de relaciones sociales*. No preconizo el estatismo, no quiero significar con ésto que la solución estriba en ampliar el ámbito de acción y el poder del Estado; por el contrario, fundamento esto en el *desarrollo de la potencialidad social*, en el hecho de que hay fuerzas sociales inéditas que están reclamando un cauce. Hablo de la autogestión y de la cooperación en todas las instancias, en todas las actividades, no sólo en el campo económico, sino también en el campo cultural, en el campo institucional, en el campo administrativo. La autogestión de todo en lo cual nuestra vida, nuestra actividad y nuestro futuro estén comprometidos.

El Estado, naturalmente, debe ser planificador, el administrador del patrimonio público, el empresario de las industrias básicas y de los servicios públicos o sociales. La sociedad, a la que yo aspiro, por lo menos, es una sociedad plenamente democrática, de trabajadores. En que el derecho al trabajo sea la condición fundamental del equilibrio social. Y que por la misma razón sea

una sociedad plena de consumidores, también, porque se identifica la condición básica del trabajador o productor, con la condición del consumidor. Una sociedad dirigida al consumo, no al lucro; no una sociedad que tenga como objetivo el *excedente no social*, sino una sociedad en la cual el objetivo sea la maximización del bienestar y de la seguridad.

Para que ello sea posible, ¿qué necesitamos hacer? Yo digo: *el desarrollo de la conciencia social*; yo digo: *la profundización de la necesidad*. Para mí, el gran factor es la transformación de *la necesidad*. Por ello, la gran oportunidad que tenemos de elevar la necesidad a la función de factor de transformación. La necesidad significa toma de conciencia de nuestras posibilidades; significa toma de conciencia de lo que podamos hacer; significa organización, significa movilización; significa, por tanto, en síntesis: *lucha*. Y para la lucha se requiere: *organización, conciencia, necesidad*.

Me dirán ustedes, ¿simplemente movilizándolo las fuerzas sociales, desarrollando su conciencia, vamos a lograr la transformación? ¿Y el poder, la realidad del poder, *cómo vencer la realidad del poder*? Yo digo, que la movilización de esas fuerzas, y la toma de conciencia de ellas con respecto a la posibilidad de lograr la transformación, podrá crear las vías y los medios necesarios para alcanzar ese objetivo. Y, por estar orientado en esa actitud. Ojalá —es lo más deseable— que esa transformación sea por la vía de la *lucha social pacífica*, aunque desde luego, hay muchas formas de violencia que no son armadas. La violencia armada es una de las formas de violencia; pero también, una huelga, una manifestación pública, una manifestación pasiva, una resistencia pasiva, gandhiana —que es una forma de violencia, acaso la más terrible forma de violencia—, nos indican que son inéditas las vías hacia la transformación.

Pero, lo único que podemos asegurar, en todo caso es que esa transformación es necesaria y posible. Que sin ella, esta crisis que estamos sufriendo no podrá ser superada. Podremos tener, ¿por qué no? reactivación. El PTB podrá adquirir cifras positivas; podrán notarse ciertos elementos de actividad económica mayor. Podrá esgrimirse en las cifras estadísticas, éxitos en ese proceso. Pero, la crisis de que hablamos, la verdadera crisis no podrá ser solucionada por las vías que señala la estrategia convencional.

Tenemos que desarmar los *modelos*. Yo les presento a ustedes esa alternativa. No les presento una alternativa de un *modelo para armar*. Ese *modelo* que se va a armar será *la razón de la historia*. Será, precisamente, el resultado de la lucha social que estoy señalando, como necesidad y como posibilidad.